

Ilustraciones de Polly Dunbar

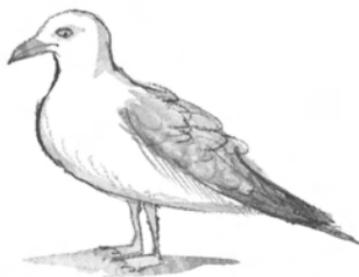
Mi papá es un hombre pájaro

David Almond



Norma

Mi papá es
un hombre pájaro



Mi papá es un hombre pájaro

David Almond

Traducción de Adriana Delgado

Ilustraciones de Polly Dunbar

 **Norma**

mx.edicionesnorma.com

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Miami, Panamá,
Quito, San José, San Juan, San Salvador,
Santiago de Chile, Santo Domingo.

Almond, David, 1951-

Mi papá es un hombre pájaro / David Almond ; traducción
Adriana Delgado ; ilustrador Polly Dunbar. -- Editor Ana María
González Sanz. --

Bogotá : Grupo Editorial Norma, 2009.

160 p. : il. ; 20 cm.-- (Colección torre de papel. Torre azul)

ISBN 978-958-45-1750-0

Título original : My Dad's a Birdman

1. Cuentos infantiles ingleses 2. Pájaros - Cuentos infantiles I. Delgado,
Adriana, tr. II. Dunbar, Polly, il. III. González Sanz, Ana María, ed. IV. Tít.
V. Serie

I823.91 cd 21 ed.

A1196960

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Arango

Título original en inglés:

My Dad's a Birdman

de David Almond

D. R. del texto © 2007 David Almond

D. R. de las ilustraciones © 2007 Polly Dunbar

Publicado en acuerdo con Walker Books Limited, Londres SE11 5HJ

D. R. © 2009 Editorial Norma-Edición en español

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, colonia Acacias,

Alcaldía de Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor
de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Primera edición: febrero de 2009

Primera reimpresión: agosto de 2020

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Traducción: Adriana Delgado

Ilustraciones: Polly Dunbar

Edición: María Candelaria Posada

y Ana María González Sanz

Diagramación y armada: Blanca O. Villalba

Elaboración de cubierta: Patricia Martínez Linares

ISBN: 978-958-45-1750-0

Contenido

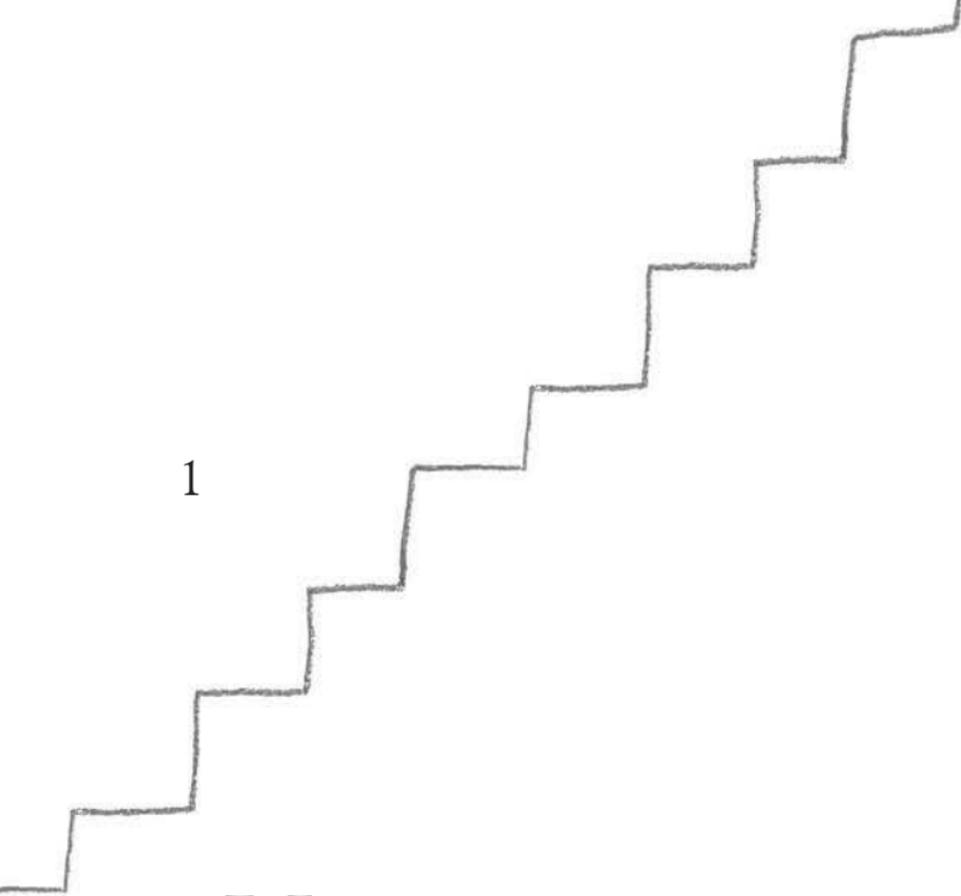
Capítulo	1	11
Capítulo	2	21
Capítulo	3	25
Capítulo	4	33
Capítulo	5	39
Capítulo	6	49
Capítulo	7	57
Capítulo	8	63
Capítulo	9	73
Capítulo	10	83
Capítulo	11	91
Capítulo	12	97
Capítulo	13	105
Capítulo	14	111

Capítulo 15	117
Capítulo 16	123
Capítulo 17	131
Capítulo 18	137
Capítulo 19	147
Capítulo 20	153

*Para Freya, y para David Lan.
D.A.*

*Para mi papá.
P.D.*





1

Una mañana de primavera cualquiera, en el 12 de la Calle Alondra. Afuera, los pájaros gorjeaban y silbaban. El tráfico de la ciudad rugía y retumbaba. El despertador de Isabelita empezó a sonar. Ella saltó de la cama, se lavó la cara, se fregó detrás de las orejas, se lavó los dientes, se peinó, se puso el uniforme, bajó a la cocina, le puso agua a la tetera, la conectó, metió unas rebanadas de pan en la tostadora, puso la mesa con dos platos, dos tazas, dos cuchillos, leche y mermelada, y

mantequilla, y después fue hasta la base de las escaleras.

—¡Papá! —gritó—. ¡Papito!

No hubo respuesta.

—¡Papá, es hora de levantarse!

No hubo respuesta.

—Si no te levantas, voy a subir y...

—pisó con fuerza el primer escalón, después el segundo—.

¡Estoy subiendo! —gritó de nuevo.

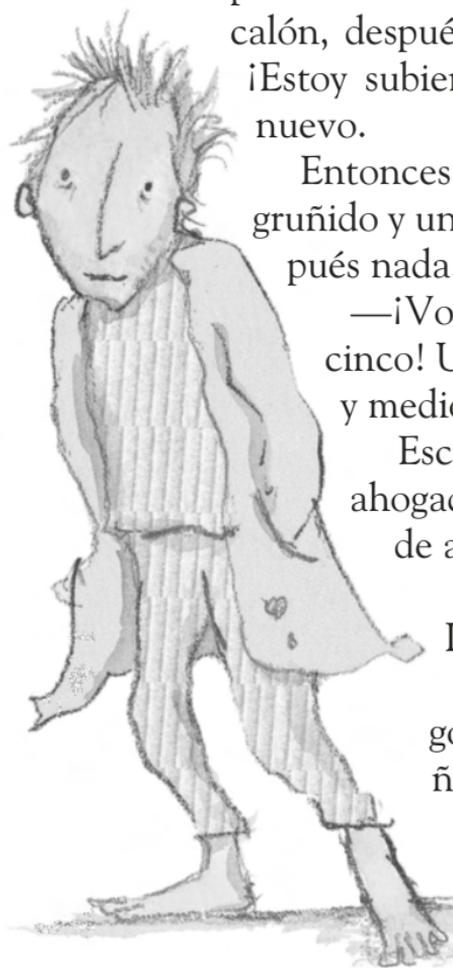
Entonces escuchó un gruñido y un refunfuño, después nada.

—¡Voy a contar hasta cinco! Uno... Dos... Dos y medio... ¡Papito!

Escuchó un grito ahogado que provenía de arriba.

—¡Está bien, Isabelita, ya voy!

Se escuchó un golpe y otro gruñido y entonces apareció Papá, con una bata desaliñada y unas pantuflas agujer-



readas, y con el pelo revuelto y la cara sin afeitarse.

—Baja ya.

El hombre se tambaleó escaleras abajo.

—Y no me mires así.

—No, Isabelita.

La chica le enderezó la bata sobre los hombros.

—Mira nada más en qué estado estás —le dijo—. ¿Qué rayos has estado haciendo allá arriba?

—Soñando —respondió él con una sonrisa.

—¡Soñando! Qué hombre eres, papá. Ahora siéntate a la mesa. Derecho.

—Sí, Isabelita.

El hombre se sentó en el borde de una silla. Los ojos le brillaban y tenía una expresión emocionada en el rostro. Isabelita le sirvió una taza de té.

—Bebe —le dijo. Entonces Papá le dio un pequeño sorbo—. Y cómete esa tostada —entonces él mordisqueó la punta de la tostada—. Cómetela como debe ser, papá —entonces le dio un mordisco más grande—. Y mastica —le dijo, y él masticó durante un momento—. Pero *trágatela*.

—Sí, Isabelita —y sonrió. Le dio un mordisco grande a la tostada, masticó y se la tragó, entonces abrió la boca de par en

par para que ella pudiera verla por dentro—. ¿Ves? —le dijo—. Ya no hay nada.

Isabelita chasqueó la lengua y entornó los ojos.

—No seas tonto, papá —le dijo. Le alisó el pelo y se lo peinó. Le enderezó el cuello del pijama y pudo sentirle en el mentón la aspereza de la barba de varios días sin afeitar—. Tienes que cuidarte. No puedes seguir como estás. ¿No te parece?

—No, Isabelita —le respondió, negando con la cabeza—. Claro que no.

—Quiero que hoy te des un baño, que te afeites y que te vistas bien.

—Sí, Isabelita.

—Bien. ¿Y qué planes tienes para hoy?

Papá se enderezó de inmediato y la miró directo a los ojos.

—Voy a volar, Isabelita. Igual que los pájaros.

Isabelita entornó los ojos:

—¿Vas a volar? ¿En serio?

—Sí, voy a volar. Y voy a entrar en la competencia.

—¿Competencia? ¿Cuál competencia?

Papá se rio, se inclinó hacia delante y la tomó del brazo.

—¡La Gran Competencia de Pájaros Humanos, por supuesto! ¿No has escuchado hablar de ella? ¡Viene a la ciudad!

Ayer lo escuché. No, creo que fue antea-
yer. O tal vez el martes de la semana pa-
sada. En todo caso, el primero que pueda
cruzar volando el río Tyne se ganará mil
libras. Y yo voy a entrar a la competen-
cia. Es cierto, Isabelita. Lo voy a hacer, en
serio. ¡Y voy a ganar! Al fin voy a dejar
mi huella —se puso de pie, extendió los
brazos y empezó a aletear—. ¿Se despe-
garon mis pies del suelo? —le preguntó
a Isabelita—. ¿Sí? ¿Ya se levantaron del
piso? —y corrió y aleteó, como si estuvie-
ra volando.

—Ay, papá —le dijo Isabelita—, no
seas tonto —Isabelita lo correteó y su papá
la guio alrededor de la cocina una y otra
vez hasta que finalmente logró alcanzarlo.
Le alisó el pelo nuevamente y le acomodó
la bata—. Está bien, está bien. Puede ser
que vayas a volar como un pájaro, pero
asegúrate de recibir aire fresco y de almor-
zar bien, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —le contestó su papá al
tiempo que asentía con la cabeza, enton-
ces aleteó de nuevo y se rio.

—Ah, y la tía Dorita me dijo que tal
vez iba a pasar por aquí hoy.

Las palabras de Isabelita hicieron que
su papá se detuviera en seco y que la ex-
presión de su rostro se ensombreciera.

—¿Tía Dorita? —preguntó, haciendo una mueca. Después suspiró—. ¡Ella otra vez no!

—Sí, ella otra vez. La tía te hará aterrizar.

El papá de Isabelita dio un pisotón con el pie izquierdo. Después, dio un pisotón con el pie derecho.

—Pero, Isabelita... —empezó a refunfuñar.

—Nada de peros, papá —le respondió Isabelita—. Tía Dorita te quiere, igual que yo. Y se preocupa por ti, igual que yo. Entonces trátala bien.

Papá dejó caer los hombros y los brazos le colgaron a los costados. Isabelita levantó su maleta del colegio y le dio un beso en la mejilla. Le sonrió ligeramente y sacudió la cabeza. Su papá parecía un niño chiquito ahí, de pie frente a ella.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó Isabelita.

—No sé, Isabelita —respondió Papá. Isabelita vaciló.

—No sé si sea buena idea dejarte solo. Papá se rio.

—Por supuesto que puedes dejarme solo —le dijo—. Tienes que ir a la escuela y hacer tus sumas y tomar tus dictados.



Papá tenía razón: necesitaba ir a la escuela. Además, le gustaba ir a la escuela. Le gustaba sumar y tomar dictados y le gustaban sus profesores, especialmente el director de curso, el señor Menta, que era muy amable tanto con ella como con su papá.

—Está bien —le dijo—. Me voy para la escuela. Ahora dame un beso de despedida.

Papá le dio un beso en la mejilla y se abrazaron. Después, Isabelita levantó el dedo índice:

—Entonces, no te olvides...

—No, Isabelita. Me acordaré de: Bañarme. Afeitarme. Almorzar bien. Tomar mucho aire fresco. Y tratar bien a tía D.

—Muy bien. Así es.

—Y también me voy a acordar de volar.

—Ay, papá.

Papá le puso una mano en la espalda y la llevó hacia la puerta.

—Anda —le dijo a su hija—. No tienes que preocuparte por nada. Vete a tu maravillosa escuela.

Isabelita abrió la puerta y salió al jardín. Entonces miró a su papá.

—Hasta la tarde —le dijo él.

—Hasta la tarde, papá.

Isabelita atravesó el jardín, salió por la verja y se detuvo en la acera. Se quedó allí un momento mirando a su papá.

—Anda —le dijo su papá—. Estoy bien.

Entonces Isabelita emprendió la marcha de nuevo y Papá la despidió con la

mano hasta que la niña desapareció en la distancia, después cerró la puerta y aleteó con los brazos mientras se reía.

—Pío, pío —dijo. Se sacó un pedacito de tostada de debajo de la lengua y lo escupió—. Pío, pío —repitió—. Pío, pío, pío, pío —entonces vio una mosca caminando sobre la mesa—. Deli, deli —exclamó y se dispuso a perseguirla.

La mosquita fue demasiado rápida para él. Alzó el vuelo de la mesa y le revoloteó por encima de la cabeza. Se paró patas arriba sobre el techo mientras él hacía pío, pío, jadeaba y aleteaba los brazos tratando de alcanzarla.

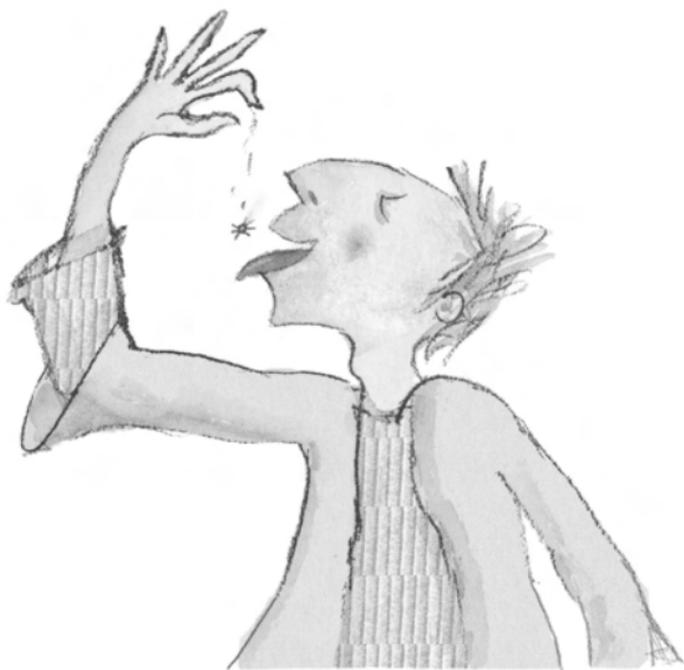
—¡Voy a alcanzarte, pequeño demonio! —le dijo—. ¡Ven acá abajo para que pueda engullirte!

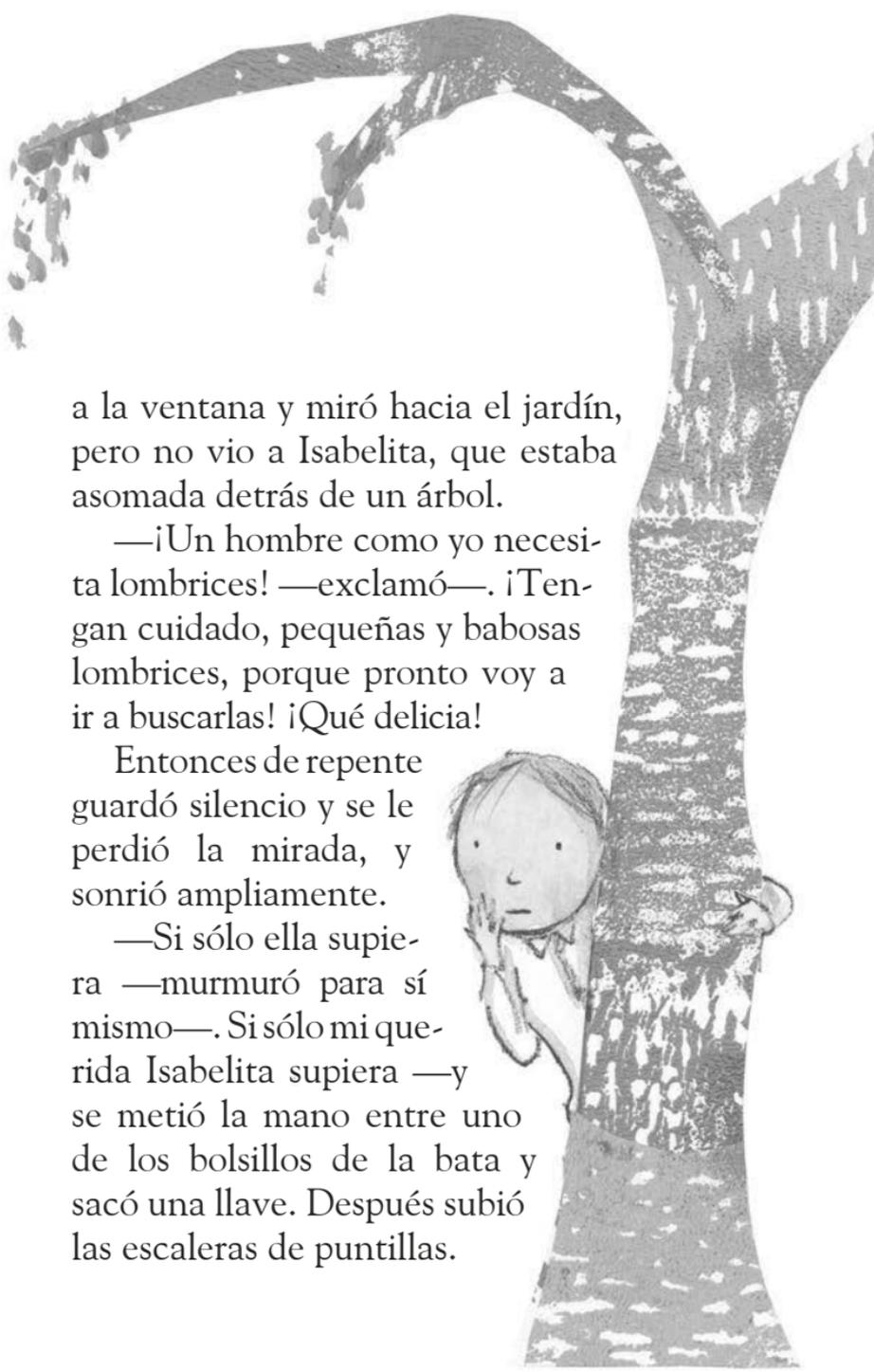
Pero la mosca no le hizo caso, entonces no pudo comérsela. Se sentó en el piso, tratando de recuperar el aliento. Y se le ocurrió otra idea. Empezó a gatear a lo

largo del rodapié de las paredes y con las uñas de los dedos rascó entre las tablas del piso hasta que encontró pequeños insectos negros y diminutos bichos cafés y cosas blancas asquerosas y extrañas. Rascó, rascó con las uñas, tomó los bichos entre los dedos y se los llevó a la boca.

—Deli, deli —dijo—. ¡Qué bien puede hacerle una tostada a un hombre como yo? Un hombre como yo necesita insectos y moscas y ciempiés.

Se quedó sentado allí, relamiéndose los labios y suspirando de alegría. Se puso de pie y aleteó con los brazos. Se paró frente





a la ventana y miró hacia el jardín, pero no vio a Isabelita, que estaba asomada detrás de un árbol.

—¡Un hombre como yo necesita lombrices! —exclamó—. ¡Tengan cuidado, pequeñas y babosas lombrices, porque pronto voy a ir a buscarlas! ¡Qué delicia!

Entonces de repente guardó silencio y se le perdió la mirada, y sonrió ampliamente.

—Si sólo ella supiera —murmuró para sí mismo—. Si sólo mi querida Isabelita supiera —y se metió la mano entre uno de los bolsillos de la bata y sacó una llave. Después subió las escaleras de puntillas.



